

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Desde la muerte de San Agustín en el año 430, hasta el Pontificado de San León en el de 440.

DESPUES de los triunfos de San Agustín sobre los enemigos de la gracia, parecia que la Iglesia habria de disfrutar de una larga paz y concordia; mas apenas fué condenada la heregía pelagiana, cuando aparecieron en la lid otros nuevos sectarios mas formidables ó atrevidos que los primeros. No era su jefe un simple monge tímido y disimulado, sino el orgulloso Nestorio, patriarca de Constantinopla, lleno de la audacia que le inspiraba su eminente dignidad, reputada por la segunda de la Iglesia, y mucho mas todavia el favor de todo el poder imperial. Aunáronse las dos sectas, no solo por el interés general que tienen todos los enemigos de la fé en ligarse contra sus antagonistas, sino por la conexión íntima y fundamental que tenían entre sí, aunque á primera vista parecían enteramente diversas. Pelagio tendia á destruir la redención negando el pecado original, la degradación de la naturaleza y la necesidad de la gracia. Tal era el fondo de su sistema; y en esto se hallaba enteramente acorde con el de Nestorio, el cual, dividiendo al Redentor en dos personas, reducía el precio de la muerte y de la satisfacción de la persona humana á su valor natural, y por lo mismo insuficiente para expiar las culpas cometidas contra una magestad infinita. De este modo echaba por tierra, como Pelagio, el misterio todo de la Redención.

Nadie mejor que Agustín hubiera des-

cubierto la relación de estas dos heregías, y podido sepultar á la segunda bajo las ruinas de la primera. Así pues, sin otra recomendación que la de su mérito, por una distinción meditada entre el emperador y los mas ilustres obispos, y que ningún otro prelado de Oriente ni de Occidente habia recibido nunca, fué convidado espresamente al Concilio ecuménico de Éfeso, para el cual viviendo aún el Santo se habian expedido las órdenes necesarias y aun las cartas convocatorias; mas hasta despues de su muerte no llegó al Africa la carta honorífica que con este motivo le escribió el emperador. Estaba ya contento el Señor con tantos trabajos y combates sostenidos por su siervo, cuyo destino se habia cumplido con la derrota de los enemigos de la gracia.

Tampoco pudo mostrar su celo y sus luces el ilustre obispo de Nola, San Paulino, en la asamblea de los primeros pastores convocados en Éfeso contra los nuevos enemigos de la Iglesia; pues murió á la edad de setenta y ocho años, en el año mismo en que se celebró este Concilio (1). Su enfermedad fué corta; una pleuresia violenta le redujo en pocos dias á lo último, no obstante el socorro de todos los remedios y cuidados proporcionados al grande afecto que todos tenían á un Pastor tan sensible como venerable, tan amable como generoso; en una

(1) Pomer. *De vit. contemp.* lib 2, cap. 9.

palabra, dotado de aquella virtud noble y atractiva en los grandes que se consagran á Dios sin reserva. Tres dias antes de morir fueron á visitarle dos obispos de las cercanías, y se aprovechó de su llegada para ofrecer el santo sacrificio con toda la solemnidad que podia permitirle el estado á que estaba reducido. Fiel á la dulzura de su carácter reconcilió á todos los que se habia visto precisado á reprimir con censuras eclesiásticas; y despues de la celebración de los sagrados misterios, dijo: «¿dónde están mis hermanos?» «Vedlos aquí,» dijo uno de los asistentes, mostrándole á los dos obispos. «Hablo, dijo, de mis hermanos Genaro y Martín, que me han prometido venir pronto.» Habíasele aparecido San Martín de Tours con San Genaro mártir, obispo de Cápua, cuyo culto era ya entonces célebre en Nápoles.

El sacerdote Postumiano le advirtió poco despues que debia cuarenta sueldos de los vestidos dados á los pobres. Tal era la loable pobreza en que habia quedado por Jesucristo un hombre en otro tiempo tan rico y tan poderoso. El Santo respondió: «no os inquieteis, hermano, no faltará alguno que pague la deuda.» De allí á pocos momentos llegó un sacerdote de Lucania, encargado precisamente de la limosna de cuarenta sueldos de parte de un obispo que sabia los apuros á que reducía muchas veces á su piadoso colega el amor de los pobres.

Penetrado el Santo de estos cuidados paternales de la Providencia, durmió y descansó con bastante tranquilidad hasta cerca de la media noche, despues de lo cual se aumentaron de tal modo sus dolores, que apenas le dejaban respirar. No obstante, apenas vió la luz del dia, cuando despertó á todos sus domésticos como acostumbraba, y rezó los maitines, ó mas bien los laudes que entonces se llamaban maitines. Todo este dia,

que fué el último de su vida, sostenido solo por su fervor le pasó en oración y en hacer eficaces exhortaciones á sus sacerdotes y diáconos, que no se separaban de su lecho. Al llegar la hora del oficio de las lámparas, esto es, de las vísperas, se le oyó aun cantar, aunque con voz apagada, estas palabras del salmo: *He preparado mi lámpara para recibir á mi Cristo.* Quedó despues como absorto en una profunda contemplación. A las diez de la noche se conmovió su habitación con un temblor tan grande, que consternados todos los asistentes se postraron pidiendo misericordia, sin que percibiesen cosa alguna los que estaban en la parte de afuera. Entonces entregó su alma al Señor á 22 de julio, en cuyo dia celebra su fiesta la Iglesia. Escribió todas estas circunstancias el sacerdote Uranio que se halló presente; y añade, que fué general el sentimiento, y que aun los judíos y los paganos mostraron tanto dolor que rasgaron sus vestidos.

De San Paulino nos quedan cincuenta cartas, un discurso sobre la limosna, la historia del mártir San Ginés de Arlés y treinta y dos poemas, de los cuales los catorce son en alabanza de San Félix. Su poesía es agradable, llena de pensamientos, noble y bien sostenida. La unción que respiran sus cartas hace que no canse su lectura, y como no son mas que la expresión de los sentimientos de su corazón, tienen menos arte que las otras obras suyas. El discurso sobre la limosna está escrito tan pura como elegantemente. San Jerónimo habla de un panegírico del emperador Teodosio, escrito por el mismo autor, y habla de él con tal elogio que hace mas sensible su pérdida. Forman en general el carácter del estilo de Paulino la amenidad y la dulzura, y en él se halla al mismo tiempo la marca de su virtud y la del contento de que gozaba su alma por haberlo dejado todo por Jesucristo.

Celebróse el Concilio de Éfeso en el mismo año en que murió este santo obispo, á saber, en 431. El novador que se trataba de condenar se habia grangeado una reputacion tan grande, que se le sacó de la iglesia de Antioquia como á un nuevo Crisóstomo para elevarle á la silla patriarcal de Constantinopla. Despues de morir el Patriarca Sisinio, que era hombre sencillo y más idóneo para la vida solitaria que para mantener la subordinacion en el clero de la capital, fueron tantas las intrigas para nombrar sucesor, que pareció mejor traerle de Siria. El éxito no fué mas feliz por haber ido á buscar de tan lejos á Nestorio sacerdote de Antioquia, en donde habia sido educado y aun bautizado, aunque era natural de Germanicia. Sus costumbres graves ó mas bien sombrías y rústicas, su fingida simplicidad y el desaliño de sus vestidos, su rostro pálido y descarnado, una tintura superficial de las artes y ciencias, una voz llena y hermosa que tomaba fácilmente un tono compungido y patético, una elocuencia relumbrante, menos cuidada de la edificacion de las almas sólidamente cristianas que ávida de los aplausos de un pueblo ligero y precipitado, la amargura de su celo y sus continuas declamaciones contra los hereges, su respeto, en fin, á San Juan Crisóstomo á quien veneraba cada dia mas y mas el pueblo de Constantinopla; todas estas cualidades tenian preocupados los ánimos en favor de este heresiarca. Llevó consigo un sacerdote de confianza llamado Anastasio, con el cual pasó por Mopsuestia, donde el obispo Teodoro, viendo en ellos todas las disposiciones propicias á sus intentos, les comunicó, segun se cree, la semilla de las impiedades que propagaron despues tan escandalosamente.

En el primer sermón que predicó Nestorio luego que llegó á Constantinopla, declamó contra los hereges en términos que

nunca fueron olvidados. «Señor, dijo hablando con el emperador (1), esterminad conmigo las sectas, y yo esterminaré con vos los persas; y despues de la destruccion de los enemigos del imperio, os haré vencer tambien á los enemigos de vuestra salvacion.» Tal entrada encantó al pueblo, furioso entonces contra el solo nombre de heregia; pero los hombres de juicio y moderacion formaron mal agüero de este rasgo de presuncion ó de entusiasmo. Nestorio no se limitó á solas palabras: obró con tanta violencia, que los hereges llegaron al estremo de la desesperacion, lo cual ocasionó sediciones en muchas partes. Pocas semanas despues de su ordenacion y verosíblemente por sus instancias, publicó el emperador nuevas leyes y renovó las antiguas contra diversos sectarios. Los maniqueos, como los mas perniciosos á la sociedad, fueron los mas rigurosamente proscritos, arrojados de las ciudades y condenados á muerte. Pero ninguna secta de las que turbaban el imperio evitó la abominacion pública, excepto la de los pelagianos fundados sobre los mismos principios que Nestorio y Teodoro de Mopsuestia, que solo por respeto humano los habian condenado. El nuevo heresiarca hubiera podido igualmente apoyarse en los sectarios de Fotino y Pablo de Samosata, no menos que en la mayor parte de los arrianos; pero estos hereges eran mirados generalmente como tales, y habia largo tiempo que eran odiosos á todos. Siempre los novadores mas modernos procuran hacer causa comun con aquellos que tienen todavia sus apologistas, sus fautores y partidarios entre los ortodoxos.

El sacerdote Anastasio, que Nestorio habia llevado de Antioquia, fué el primero que predicó la nueva impiedad, teniendo la osadía de proferir desde el púlpito estas

(1) Nest. Serm. 1, edit. Garnier.

palabras escandalosas y no oídas hasta entonces: «nadie llame á María Madre de Dios; porque María era una muger, y una muger no puede ser madre de Dios.» Algun tiempo despues el patriarca hizo predicar la misma doctrina á un obispo que se hallaba en Constantinopla, hombre conocido por su ligereza y mal proceder, por el que habia sido depuesto, segun se cree, de la Silla de Marcianópolis. Este tuvo menos miramiento que Anastasio, pues llevó la temeridad hasta proferir anatema á cualquiera que llamase á María Madre de Dios. Escitó esta impiedad un repentino y general horror, y todo el pueblo dando terribles gritos se salió de la iglesia. El patriarca, no obstante, aprobaba estas blasfemias; y sirviéndose de la preocupacion del emperador que le miraba como á un Santo, publicó él mismo muchas veces de viva voz esta horrible doctrina, y la insertó en sus escritos que se esparcieron por todas partes. Habiale cegado el espiritu de error y de presuncion; pues se persuadia que ó nadie se opondría á unas novedades tan atrevidamente proferidas, ó que su autoridad le haria triunfar de todas las reclamaciones y de todos los obstáculos.

En un dia muy solemne, en que habia concurrido á la iglesia una extraordinaria multitud de fieles á oírle, despues de haber citado este testo de San Pablo: *La muerte por un hombre, y por un hombre la resurreccion*, dijo: «hay una cuestion que nos divide y agita mucho, á saber: si debemos llamar á María Madre de Dios, ó Madre del Hijo del Hombre y del Cristo. Oiganme cuantos se encuentran en este concurso; yo pregunto: ¿tiene Dios Madre? Si responden afirmativamente, les diré que entonces son excusables los paganos cuando las dan á sus dioses, y que Pablo es un impostor, cuando dice de la divinidad de Jesucristo, que es sin padre, sin madre y sin genealogia. No, María no dió á luz un Dios. La criatura no

es madre del Criador, sino de un hombre instrumento de la divinidad, del Ungido del Señor, del Cristo á quien yo adoro: porque yo adoro al que ven mis ojos, á causa del Dios invisible que es inseparable de él y que reside en el hombre como en el templo que se consagró para siempre.»

No era dable esplicarse con mas claridad, ni presentar el veneno de la nueva impiedad de un modo mas irritante. Estremeciéndose todo el concurso: un murmullo confuso se oía por todas partes, y aumentándose por momentos el escándalo y el tumulto, miraba cada uno con espanto al que tenia mas próximo, y todos en incertidumbre aguardaban el fin de escena tan extraordinaria. Entonces un simple lego, que despues fué obispo de Dorilea, el abogado Eusebio, hombre virtuoso y muy versado en las materias de Religion, se levantó con mucha confianza y dijo, ó mas bien exclamó fuertemente (1): «todos profesamos creer, y tal es la fé constante de la Iglesia, que el Verbo Eterno nació verdaderamente de María.» Aplaudió á Eusebio la multitud, dándole grandes alabanzas; mas algunas personas preocupadas desaprobaron su osadía. Esto bastó al heresiarca para subir al púlpito pocos dias despues: declamó altamente contra Eusebio, y sostuvo con pertinacia que no se debe decir que el Verbo ó el Hijo de Dios hubiese muerto, ni nacido, sino solamente el hombre en quien estaba el Verbo. De este modo distinguia dos personas diferentes en Jesucristo. Eusebio creyó entonces que debia publicar una protesta formal, guardando no obstante el respeto debido al clero y á los obispos, á quienes quiso que se comunicase antes de todo. Propónese en ella principalmente poner de manifiesto que Nestorio tenia los mismos sentimientos que Pablo de Samosata: que

(1) Concil. Ephes. part. 1.ª cap. 13.

sostenia, como este antiguo sectario, que uno es el Verbo y otro Jesucristo, y que no hacia de uno y otro una sola Persona, segun la doctrina constante de la Iglesia, cuya tradicion prueba por los Padres y por los símbolos de los Concilios. Despues de este acto solemne, se principió á tratar de herege á Nestorio, y muchos se separaron de su comunión.

Proclo, obispo titular de Cizico, que egercia las funciones de sacerdote en Constantinopla, á cuya Silla patriarcal ascendió mas adelante por su mérito, mostró el mismo celo, predicando que el Hijo de Maria no es puro hombre, sino Dios por naturaleza: que la Santísima Virgen se llama muy propiamente Madre de Dios, y que es exactamente verdadero el decir que Dios ha nacido y que ha muerto (1). El predicador no hizo mención de Nestorio que se hallaba presente, contentándose con refutar sus errores; mas no por eso este se irritó menos, antes bien subió de punto su despecho al ver que todos llenaron de aplausos á Proclo por la elegancia de su estilo y por la profundidad de su doctrina. Era todavia costumbre que despues que un sacerdote predicaba ante el obispo, este, como encargado directamente del ministerio de la palabra, añadiese algunas palabras de edificacion. El patriarca, conformándose con este uso, procuró debilitar lo que acababa de oír, y sostuvo de nuevo que no debia decirse simplemente que Dios nació de Maria, sino que al Verbo de Dios estaba unido el que nació de Maria. Predicó otros tres sermones contra el de Proclo, que al parecer le habia incomodado mucho.

Reuniéronse estos sermones de Nestorio en un volumen con todo el método y artificio que usan los sectarios para propagar su doctrina; en breve tiempo la esparcieron

(1) Concil. Ephes. *ibid.* cap. 1.

por todas partes y aun en la misma Roma; pero ante todas cosas procuraron inficionar con ella los monasterios de Egipto, en especial los que gozaban de mas nombradía por su austeridad y fervor (1). Sabian bien que, una vez establecida la novedad en estos retiros, se arraiga mas que en parte alguna, y toma nuevo crédito y mayor facilidad para seducir mas crecido número de fieles. Efectivamente, esta dañosa levadura no tardó en fermentar en todas las imaginaciones exaltadas y vacías de piedad sincera. Vióse pronto la fé de una multitud de reclusos inconsiderados fluctuar de una parte á otra, abrazando todas las ideas que los impostores querian imbuirles; y muy luego, llevando algunos la impiedad mas allá de donde la llevó su primer autor, no podian tolerar que Jesucristo fuese llamado Dios, y á pesar de esto los blasfemos mas atrevidos eran encomiados como los mas virtuosos y espirituales de todos los solitarios. El sobresalto y el espíritu de contienda que entraron con el error en estas comunidades, hicieron echar de ver á los superiores ordinarios la calidad del árbol por sus frutos; y penetrando el contagio hasta el Egipto, fué informado del desórden el Patriarca de Alejandria.

San Cirilo, sobrino de Teófilo y su inmediato sucesor, ocupaba á la sazón esta gran silla. Lleno de ingenio y erudicion, y dotado de una destreza y vigilancia segun pedia la importancia de su ministerio; muy versado en los asuntos y en el arte de conocer á los hombres; idóneo para profundizar todos los artificios y ardides de que puede valerse la impostura encubierta con la mas engañosa máscara; naturalmente animoso y dotado de aquel valor que no acobardan obstáculos ni riesgos; tan sencillo en la fé, como grande en su represen-

(1) Ciril. Alex. *in Nestor. I; ad Mon. ep. 1.*

tacion y en sus miras; tan recto y pio como celoso; tal era el antagonista preparado por la Providencia contra un herejarca tan pernicioso por su astucia y presuncion como por la dignidad que ocupaba y por la estimacion que de él hacia una córte tanto mas preocupada á favor del hipócrita cuanto era mas religiosa.

Instruir y fortificar á la preciosa porcion de fieles encomendados á su cuidado en los innumerables monasterios de su diócesis, fué la primera atencion de San Cirilo. Hubiera deseado mucho que unas cuestiones tan sutilmente tratadas, y cuyo menor inconveniente era entibiar la piedad y alterar la caridad fraterna, no hubiesen penetrado nunca en la morada de unos solitarios, mas propios sin duda para sus trabajos y para los ejercicios de una vida penitente que para las ciencias y el estudio (1). Mas si este principio es conveniente antes que se introduzca el mal para alejarle con la discrecion mas circunspecta, seria muy reprehensible en un pastor el dejar tranquilo el rebaño, despues que introdució el contagio amenazaba emponzoñarlo todo. Así pues, el sábio prelado, sin entrar en cuestiones especulativas capaces de aumentar el ardor de la disputa, recordó simplemente á aquellos buenos religiosos los primeros principios de la fé cristiana.

«¿Cómo pues, les dice, se puede poner en duda si Maria debe ser llamada Madre de Dios? Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, como lo es verdaderamente y por naturaleza, segun el Santo Concilio de Nicea, ¿cómo la Virgen santa no ha de ser llamada Madre de Dios? Aunque los Apóstoles no hayan usado este lenguaje, no por esto deja de espresar la fé que ellos enseñaron. Tal era igualmente la fé de nuestros padres, y

(1) Ciril. *Epist. ad Monach. inter acta Concil. Ephes. cap. 2.*

entre otros del ilustre Atanasio (y les cita sus mismas palabras). Pero se dirá tal vez por una sutileza digna de los blasfemos que se sirven de ella, la Virgen ¿es Madre de la divinidad? Mas en el órden de la naturaleza, aunque las madres no tengan parte alguna en la creacion del alma, ¿se dice acaso que son madres del cuerpo del hombre y no de todo el hombre? Despues prueba tan sencilla como sensiblemente la unidad de persona en Jesucristo, y entre otras cosas dice que sin esta unidad los judíos y los gentiles nos acusarian con justicia de ser adoradores idólatras de un puro hombre.

Sabiendo al mismo tiempo Cirilo la grande opinion que se tenia de Nestorio en la corte de Teodosio, compuso dos tratados que dirigió á este emperador y á las princesas su muger y hermanas, para preservar su fé de un peligro que por desgracia temian muy poco. Aunque las gentes de esta clase no sean versadas en las ciencias eclesiásticas, sin embargo, estos tratados son mucho mas profundos que la carta á los solitarios, porque preveia este prelado que serian tambien mas analizados y que los leeria mucho mayor número de personas. La carta á los solitarios se divulgó no obstante en gran manera, y no tardó mucho en llegar tambien á Constantinopla. Estos diversos escritos produjeron el mejor efecto: los buenos de todas clases quedaron llenos de gozo, y muchos magistrados le congratularon con sus cartas. Pero cuanto mas saludable efecto producía el contraveneno de la heregia en los corazones fieles, tanto mas se aumentaba el odio del herejarca contra un antagonista á quien no podia acusar de nada, y que para con él no tenia otro defecto que el impedirle que agravase el castigo de sus propios delitos. Hasta entonces, al escribir Cirilo contra los nuevos errores, habia tratado con la mayor circunspeccion á la persona de Nestorio y todavia no le ha-